

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. . . . . 4 reales.
Por tres id. . . . . 11 »
Por seis id. . . . . 21 »
Por un año. . . . . 40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. . . . . 15 reales.
Por seis id. . . . . 28 »
Un año id. . . . . 50 »
ESTRANJERO, tres meses. . . . . 30 »
ULTRAMAR, un año. . . . . 6 pesas.

Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

ADVERTENCIAS

Los suscritores de provincias, cuyo abono termina en fin de abril se servirán renovarlo oportunamente.

El medio más sencillo es por el giro mútuo ó en sellos de franqueo.

El mismo aviso damos á los encargados de la venta pública en provincias, para hacer la tirada con arreglo á los pedidos desde el primer número de mayo.

LO QUE CORRE POR AHÍ

20 Pasó el invierno con sus nieves cano, vino la primavera, y por la blanca sábana tendida las chinchas se pasean.

En la espesura el ruiseñor y el grillo cantan que se las pelan, y Barbieri dirige los conciertos al frente de su orquesta.

Se acercan los acróbatas del Circo, los helados se acercan, y los Campos Elíseos, á lo lejos, levantan la cabeza.

Dió á nuestros cuerpos la Semana Santa saludable abstinencia, y el incendio en el Real lanzó á los vientos su roja cabellera.

Música regalada al manso río dió la naturaleza, al aire luz, á la pradera flores, y á mi ni una peseta.

Pero canto también como el jilguero para que ustedes sepan que en el concierto universal no falta mi voz de caña hueca.

Conmigo fueron los que aquí se llaman amantes de las letras á ver un drama que dejó incompleto Ventura de la Vega.

De Los dos camaradas tiene el nombre, y á juzgar por la muestra, debió llevar hasta el confin del mundo la fama del poeta.

Yo aplaudí, tú aplaudiste, y aplaudieron cuantos allí le oyeran, rasgos felices del ingenio culto, prosa noble y discreta.

De Felipe segundo vi el retrato, que me espantó de veras, de Antonio Perez el sagaz consejo y de Eboli la testa.

Me cautivó del noble Luis Quijada la paternal prudencia, de Montigni el arranque generoso y el fuego de Pereira.

Jóven gallardo, de Don Juan de Austria vi el ánima altanera, y de Cervantes el modesto porte y la alta inteligencia.

En la palabra, el ademan y el traje hay color de la época, (como dicen los criticos, que siempre saben lo que se pescan.)

Solo una cosa no gustó á la gente en esta noble fiesta, y es que dejó sin concluir el drama Ventura de la Vega.

Cayó el telon, se renovó el aplauso, y en medio de la gresca, á un hijo del poeta los actores sacaron á la escena.

¡Oh dura obligacion, oh deber duro que á pasar me condenas, sin prevenir el ánimo,—ni el traje,— del tablado á la arena!

¡Toros! la gente en peloton camina por la anchurosa senda que desde el Suizo al redondel conduce, cuando las cuatro suenan.

Fué la primera de las dos corridas de Cuña y Balmaseda, toros fulastres, como dice el vulgo que los tendidos puebla.

Su primer toro Cayetano mata, ciñéndose á la fiera, se descoyunta un brazo, se retira y prosigue la fiesta.

En la segunda lidia de la Pascua, Andrade y Oliveira dieron seis toros—la verdad, señores,— bravos como seis suegras.

Pone Juan Yus sus banderillas y huye corriendo á la barrera, tras él el toro como un rayo parte y al saltar le tropieza.

Dos hombres fuera de combate, vieron con alegría inmensa ojos que allí para gozar estaban... ¡Con que ajustad la cuenta!

Dos hombres, dos, por el comun recreo, con sangre el circo riegan; y el globo en tanto, como dijo el otro, da vueltas y más vueltas.

Nessun maggior dolor che ricordarsi de tan brutal escena, y asistir luego, como yo, pagando la primada á la Empresa.

¡Oh misterio del alma! ¡Oh vida breve, contradiccion eterna, amar la vida y desear que al hombre se lo lleve pateta!

Por no filosofar suspendo el canto, que el verso me marca; Dios y el mundo lo permiten, fumemos una breva.

Luis Rivera.

CONFERENCIAS

ARTÍCULO SEGUNDO

Un poco de aplicacion á las observaciones anteriores.—Actor, director y autor.

Una de las cosas más difíciles del mundo es el fingimiento.

Parecerá un poco arriesgada esta opinion; pero creo que bastará reflexionar un poco en lo abundante que anda la desconfianza en este bajo mundo; de donde resulta que si aun aquellas cosas que son verdad se le figura á uno que son mentira, ¿cuán difícil no debe ser conseguir que las mentiras parezcan verdades?

Ahora bien, el arte de representar comedias no es más que el fingimiento llevado á la sublimidad.

El buen actor, pues, debe estar ocupado constantemente en estudiar la manera de hacer creer al público lo que el público está dispuesto á no creer. Ocuparse de otra cosa seria perder un tiempo que le haria mucha falta, porque el libro donde el observador estudia no se acaba de leer nunca.

Cuando veo á Julian Romea hacer La mujer del artista, llego á creer durante la representacion que aquel hombre no es Julian Romea, sino un pintor ciego que se desespera en momentos dados al contemplarse infeliz. Me conmueve; cae el telon, recuerdo que el ciego era un actor, y le aplaudo. Así es el arte.

Decíamos en la última conferencia que todos los españoles sirven para todo, y que apenas hay uno que no se dedique á dos ó tres cosas á la vez. Sirva hoy un ejemplo.

Hablemos de los actores.

Hubo un tiempo en que la poesia solo era buena hecha á moco de candil,

y en que el génio y el interés andaban á cachete limpio. Nunca el cálculo fué amigo de la inspiracion, ni se han dado muchos casos de artistas usureros. Pero hoy lo hemos arreglado de otra manera, y las cosas han llegado á tal punto, que en materia de obras dramáticas, por ejemplo, ya nadie pregunta al saber que tal obra ha tenido gran éxito: ¿Pasará á la posteridad? sino: ¿Dará dinero? Hablándole yo á un comerciante del interés que tenia cierta comedia, me preguntó si era muy crecido. Todos, pues, público y artistas, estamos por lo positivo. Se trata de hacer dinero.

El actor es uno de los personajes de nuestra época que necesita más que nadie buscarse la vida, como vulgarmente se dice, porque, ya se vé, como el pobrecito gana poco y gasta lo bastante, siempre sale alcanzado. Es un dolor eso de ganar tan poco dinero. Actor hay que dice, sentado á la mesa de un café, donde le están escuchando catorce ó quince personas:—«Ya vé Vd., este año, por complacer á D. Fulano (el empresario), y porque no digan, me he escriturado por una miseria. Ni mi categoría ni mi posicion me permiten hacer estas tonterías, y no volveré á contratarme por cuatro cuartos.»

¡Lector piadosísimo, si me prometes no decirlo por ahí, te contaré que ese desgraciado artista, digno de mejor suerte, no gana más que diez ó doce miserables duros diarios! ¡Oh! ¡esto es tristísimo! Lo que ese actor dice conmueve á las piedras, á los marmolillos, á las estatuas, á todo el mundo, (ménos al público). ¡Diez ó doce duros diarios! una miseria; siete mil doscientos miserables reales al mes; ochenta y siete mil cuatrocientos reales al año. Cualquiera gana más que eso en los tiempos que corren.



Así sucede que esos pobres actores se desesperan, se irritan, y en saliendo á la escena no hay héroe, rey ni personaje respetable á quien no destrocen y asesinen como si ellos tuvieran la culpa. Y así sucede que como el público se queda confundido y como si le hubieran dado una paliza, el artista que tiene el derecho de imponerse (algo ha de tener al fin) á las multitudes, se adelanta á las candilejas, lanza los últimos versos de un parlamento con voz tonante y amenazadora, se pone verde como hombre capaz de todo, y al acabar su relación recibe inmediatamente el aplauso, porque tengo para mí que los espectadores se dicen unos á otros con sobresalto y miedo mayúsculos:—Si no le aplaudimos, ¿qué va á ser de nosotros? El que más y el que menos tiene familia y aprecia su vida: ¡y figúrese Vd. si el actor que destroza á Carlos V ó al emperador de Rusia será capaz de acabar con un pueblo entero! Déle Vd. á ese actor un sueldo decente, déjele Vd. que diga sus papelitos con la tranquilidad del justo y sin segunda intención, y verá Vd. cómo podremos estimarle en lo que vale. Pero no señor, me lo tiene Vd. achicado con esa miseria de doscientos cuarenta reales por día, que cualquier hombre de ciencia los gana en un mes cuando Dios quiere, y ¿qué ha de resultar? Lo que resulta.

Admitido, pues, que un actor no gana lo necesario para poderse consagrar en cuerpo y alma á su arte y apoderarse del corazón del espectador, no me estraña que se dedique á otra cosa, verbi-gracia, á empresario de un teatro.

Esta enfermedad de hacer versos que padecemos doce ó trece millones de españoles, ha degenerado de algún tiempo á esta parte en epidemia, y así como cuando el cólera ó la fiebre amarilla invaden una población, los atacados de la invasión no se llaman Fulano, ni Zutano, ni habitantes, ni siquiera personas, sino casos,—de la misma manera todos los españoles han venido á ser autores sin comerlo ni beberlo. Hay hombre que lo mismo hace diez ó doce escenas que haría una sillera de guta-percha, y está averiguado que hay su receta infalible para escribir comedias que le gusten al público, como la hay para hacer croquetas ó puré de patata.

Cualquiera sabe hacer una buena comedia, y si no sabe hacerla, la traduce, y si no la copia, y hasta me han contado que hay quien las compra hechas, lo cual es más cómodo. Así, pues, esto de dar una comedia al teatro es cosa fácil y al alcance de todas las fortunas; por consiguiente, el autor es uno de tantos individuos de un gremio; es un sér adocenado que no tiene nada de sorprendente. Lo notable sería pertenecer á una clase dentro de la cual se comprendieran pocos individuos. Lo que escasea es lo que se estima, y los autores abundan, y aun sobran, por todo lo cual no deben exigir grandes cosas.

Esto deben pensar los empresarios, y si no lo piensan ellos se lo pierden.

**AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO (4)**

(Continuacion.)

—¡Insolente! ¡Desvergonzado!

—Carta canta. Así empieza una: «Nenita mia;» firmado: «tu Gatuperio.»

En este momento llegó á la puerta del cuarto Joaquin, que mostró gran sorpresa al oír de boca de D. Longinos el nombre de Gatuperio.

—¿Da Vd. su licencia? preguntó Joaquin sin atreverse á pasar de la puerta.

—Entre quien sea, contestó D. Longinos, que deseaba ardientemente la llegada de cualquiera, con tal de poner fin á la escena con doña Primitiva.

—Soy yo, Sr. D. Longinos, y vengo...

—Tenga Vd. la bondad de tomar asiento. ¡Ay, amigo, y á qué buena ocasion llega Vd.!

—¿Por qué?

—Porque va Vd. á presenciar una escena que ni en las comedias se ve más cómica.

—He oído al llegar el nombre de una persona amiga mia.

—¿Cuál?

—El nombre de D. Enrique Gatuperio.

—¿Es amigo de Vd.? preguntó con viva ansiedad la vieja.

El autor, pues, debe estar muy por bajo del actor y del empresario. Esta es la nueva y consoladora teoría que va poniendo al teatro español á la altura en que todos le ven en nuestros días.

Pues señor, que Vd. Sr. D. Fulano Tal de Cual, literato eminente y autor reputado, le dá una obra al primer actor X de X, empresario de tal teatro; que la obra se reparte, se lee, y parece bien á los actores (cosa muy grave, por dos razones; primera, porque los tales tienen un gusto muy esquisito, y segunda, porque como á ellos les guste, esté Vd. seguro de que al público le reventará); y que le citan á Vd. para el ensayo primero al día siguiente. Bueno; vámonos al ensayo.

El actor empresario es el primero que habla siempre. Es el que dice á los actores cómo deben declamar sus papeles, y por dónde deben salir y entrar. Usted, autor, vá á hacer una observacion, y en seguida el empresario artista le corta á Vd. la palabra para decir: sí, eso es, justo, de esta manera (ó de la otra). Dice su papel en voz muy bajita, para que no se entere nadie, y porque los grandes artistas se reservan siempre para el día de la funcion. Si Vd. se atrevé á decir cómo se debe expresar tal ó cual idea, responderá sonriendo desdeñosamente: Ya sé, hombre, ya sé, el día del estreno yo diré mi papel.

Llega un trocito que no le gusta, y delante de todos los presentes, y esta vez en voz alta, le dice á Vd:

—Mira, chico, (el autor y el actor se tutean generalmente, porque todos somos iguales), esto no me hace gracia. Es menester que me cortes algo.

Y Vd. le cortará algo aunque no todo lo que quisiera.

No se incomode Vd. por eso, porque al fin y al cabo todo es en beneficio de Vd. y de la obra. Verá Vd. cómo diciendo el actor su parlamento despacio, siguiendo despues mas de prisa (picadito, picadito, como decimos), y acabándolo bajando de tono con mucha viveza y medio mascullado, verá Vd. cómo resulta el efecto, y el público aplaude, y se arma el escándalo. Así es el arte, amigo, esa es la cuestion.

Todo eso y mucho más, no lo sabia Vd. y el actor sí; de modo que aunque Vd. no pueda desplegar sus labios en el ensayo, y Vd. crea que las cosas deben decirse así ó asá, segun el sentido comun ordena, como él sabe más, Vd. se calla y aguanta, que á todos nos conviene.

Y si no, se espone Vd. á que le digan que se equivoca, y á que si se llama Vd... Manuel, verbi-gracia, diga el actor sonriendo: ¿qué cosas tiene este Manolo!

¿Eh? Vd. creeria tal vez que dentro del teatro era usted el autor; el que sabe cómo se ha de representar la obra; el que lleva la battuta; el que da la primera materia; el que sirve de base á la empresa; el que con un éxito da de comer á treinta ó cuarenta familias; el que esponiéndose en otro caso á la silba asegura, á pesar de todo, con sus versos, que le producirán veinte ó veinti-

—Si señora, y cabalmente le acabo de dejar en mi casa.

—¿Cuánto me alegró! exclamó el maragato. Pues ha de saber Vd., amigo mio, que ese Sr. de Gatuperio fué un seductor. Aquí tiene Vd. á su víctima: esta señora es una víctima. Mírela Vd. á la facha, y se convencerá de que no puede ser otra cosa que víctima...

—Pero inocente, repuso la vieja.

—Ya estoy en ello, señora, dijo Joaquin, y estoy dispuesto á ayudar á Vd. en lo que me crea útil, siempre que sea en daño del Sr. de Gatuperio, á quien tengo montado en la nariz desde que me casé.

—¿Tambien es rival de Vd.?

—¡Mi rival! No diga Vd. esas cosas, D. Longinos, porque de lo contrario vamos á salir muy mal.

—¿Y qué motivo?

—Mi mujer es pura.

—¿Y qué?

—Que si Vd. insiste en que el Sr. Gatuperio puede ser mi rival, tengo el sentimiento de anunciarle que andaremos á trompis.

—Jóven, tenga Vd. más cachaza, que con incomodarse no se logra nada.

—Es que hay dos cosas en el mundo sobre las cuales no admito discusion: la pureza de mi mujer y la inconveniencia de mi suegra. Hable Vd. de la última lo que quiera, y será mudo; pero no toque Vd. á la primera, porque será Argos.

—¡Hé! Tambien se vale Vd. de Argos como los novelistas.... Yo he leído eso de Argos.... ¿Quién era Argos?

cinco mil reales, los ochenta y siete mil y pico del actor que ha de repetir sus versos de Vd. á su manera; usted creia ser todo eso, ¿verdad? Pues no, señor, Vd. es ¡Manolo!

No es, pues, de extrañar que valiéndose el autor tan poca cosa, el pobre actor tenga que acumular trabajo sobre sí y parecer inmodesto y petulante, haciéndose por derecho propio, no solo empresario ya, sino director de escena.

¿Qué le han parecido á Vd. las anteriores reflexiones? ¿Cree Vd. que no están en su lugar? Pues todavía falta un poquito, como remate de cuentas.

Como el actor tiene tanta práctica y tanto conocimiento de la escena (ya recuerda Vd. que cuando dice que la comedia gustará, no gusta, y vice-versa), como tiene tal conocimiento y sabe que los buenos autores y las buenas comedias escasean, y como él, siendo empresario, necesita dar obras nuevas al teatro, ¿qué ha de hacer? Coger y meterse á poeta, como el personaje de Moratin. Ello al fin no es tan grave cosa hacer media docenita de tipos que digan media docenita de seguidillas cada uno y arranquen media docenita de aplausos, y por bien poco dinero se consigue un éxito, un reclamo y unos cuantos pareceres distintos que hagan entrar en curiosidad á la gente. Por todo lo cual, el actor y director se transforma en autor de la noche á la mañana, y ahí tiene Vd. la cosa.

Resultado general. Un sugeto que podia ser á fuerza de estudio buen actor, ó ya que esto no, buen padre de familia, se ve obligado (¡dura suerte!) á ser á la vez primer actor, director de escena, autor (digámoslo así) y hasta revistero ó gacetillero si necesario fuese.

Desgracia es; pero no es poca fortuna haber nacido en un país donde todos servimos para todo, porque de otro modo, ¿qué sería de ese hombre?

Eusebio Blasco.

**CORRIDA FANTÁSTICA DE TOROS**

PRIMERA Y ÚLTIMA DE LA TEMPORADA

De la gran plaza del mundo en el ancho redondel, á beneficio del diablo, como suele suceder, se lidiaron cierto día de no recuerdo qué mes, seis brutos, que de tan brutos no se hallaron más que seis. Yo que tuve con el diablo contacto más de una vez, cambiar pude una barrera por un billete de á cien, y en ella vi la corrida, cuya descripcion haré, en gracia al beneficiado, por si él me la hace despues.

—Un apreciable sugeto que tenia más ojos que canas esta señora.

—Caballero, interrumpió Primitiva Garbanzo; jeso de las canas, lo dice Vd. por mí?

—Si le parece á Vd., lo diré por la otra... Es que no consiento ancas de nadie.

—Hará Vd. muy mal. En resumidas cuentas, señor don Longinos; á lo que vengo, vengo.

—Y que llega Vd. muy apropósito.

—Sus sobrinos de Vd. están muy afligidos con su enojo... Yo, que he sido la causa principal de todo esto, quiero, deseo, suplico, intimo y ruego á Vd., se sirva perdonarlos y volver con ellos, donde encontrará Vd. el cariño de una familia, la tranquilidad del justo y el reposo tradicional del maragato.

—Poco á poco, dijo la Garbanzo, yo no estoy enterada de este asunto, y necesito saber antes de tomar cualquier resolucio que sobrinos son esos.

—Poquito á poco, señora, digo yo á mi vez: tampoco yo sé quién es Vd., y me parece que ya es tiempo de que usted me lo diga.

—Usted no me toca nada.

—Es que yo estoy por medio en este asunto de familia.

—Pues nada tiene Vd. que ver en que D. Longinos haya sido y sea mi futuro.

—¡D. Longinos! ¡Vd. que no podia ver á las mujeres! D. Longinos se puso encarnado, y despues de una pausa añadió, señalando con la mirada á la Garbanzo, y con acento de profunda melancolía:

(4) Véase desde el número 41.



## TEATRO DE LOS BUFOS



ARDERIUS.—Aquí tengo el coro de señoras... Necesito hacer economías... Pero, francamente, me es imposible economizar lo que sobra.

—¡Pues por eso!  
Joaquín comprendió lo que significaba la mirada de D. Longinos.

Así como hay miradas que expresan todo un mundo de alegría infinita, miradas que salen de lo íntimo del corazón como envueltas en una atmósfera de sentimiento; así también hay otras que expresan todo un poema de profundo abatimiento.

Aquella mujer había sido la pesadilla de D. Longinos; él la había querido, ó más bien se había dejado llevar del instinto que en ciertas épocas de la vida acerca los sexos inconscientemente.

Pero una vez dado el primer paso en el amor de aquella mujer, D. Longinos quedó preso en la ratonera, y solo á fuerzas de fuerzas pudo un día recobrar su libertad y encerrarse en su pueblo, bajo el seguro de sus muros y al abrigo de la Garbanzo.

## IV.

Desde que el pobre D. Longinos cayó en la tentación de echar un *chicoleo* á la patrona, la serie de sus tormentos no reconoció límites.

Con el primer requiebro perdió el bolsillo; con el segundo la libertad.

Pero ¿quién resiste á un momento de mala suerte?

Los días influyen también en el organismo, y aquel en que D. Longinos había reparado en Primitiva era un día alegre, el sol iluminaba el cielo, y dos ciegos pasaban

por la calle tocando una jota aragonesa que conmovía el corazón.

Entre jota, sol y almuerzo (porque D. Longinos acababa de comerse un guisado con muchas especias), lo cierto fué que el viejo se encontró muy fuerte y muy templado, y más atrevido que un gallo inglés.

Acababa de encender un cigarro y de disputar con otro huésped sobre el estado de la política europea, cuando se le ocurrió algo de eso que nos obliga á concurrir una vez al día, por lo ménos, á cierto lugar de la casa.

Atravesaba D. Longinos el pasillo, y al pasar por delante de la cocina vió á Primitiva, tan rolliza y natural, que el viejo se detuvo á contemplarla.

Era necesario, para disculpar al maragato, haber asistido á esta primera entrevista, y encontrarse en la posición suya,—después de almorzar fuerte, con el cigarro en la boca, el alma sana y el cuerpo iluminado por un rayo de sol que entraba por la cocina y oyendo en la calle la jota aragonesa.

¡Ah, eran demasiados atractivos para un alma cándida y chapada á la española antigua!

Para colmo de seducción, Primitiva seguía el compás de la jota y cantaba con todo el desparpajo de quien no tiene idea de lo que es música: se entregaba de lleno á la inspiración.

—¡Y que no canta Vd. bien, puñales! dijo D. Longinos echándose el gorro hácia la oreja izquierda.

Acto continuo, y conociendo que los ojos se le iban detrás de aquel bulto, cubierto con un vestido de percal viejo, bajo el cual señalaba toda la deformidad de sus formas, el

maragato chupó el cigarro con fuerza y se tragó el humo.

—Vaya, no sea Vd. malo, contestó Primitiva bajándose el vestido para cubrir los pies.

—¡Vd. sí que es mala! ¡Huyuyuy, cuerpo bonito!

—¡Chist! no pase alguno, añadió Garbanzo bajando la voz confidencialmente y mirando hácia el pasillo.

Hé aquí lo que acabó de encender al viejo: siempre que uno se dirige á la mujer que le gusta, y esta baja la voz para recomendarle el sigilo, no hay ya posibilidad de volver al ser y estado de antes: aquel misterio, aquella prudente advertencia, la reserva, que es la compañera de las confidencias amorosas, todo contribuye á fascinar al hombre.

D. Longinos no había pensado seriamente en la Garbanzo: aquel día le había tentado el diablo por echarla un requiebro, y desde que ella le contestó ¡Chist, no pase alguno! se le subió á la cabeza la alegría y se encontró en la mismísima situación del pajarillo á quien la serpiente envuelve en el fluido que lo atrae irremisiblemente.

Después del primer momento, D. Longinos bajó también la voz, y dijo:

—Nadie nos ve.

—Pues bien, luego hablaremos sin que se enteren los demás huéspedes, añadió por fin la Garbanzo.

Esto era una cita, y una cita en regla, mientras que el sol iluminaba la cocina y los ecos de la jota aragonesa alegraban los corazones.

Luis Rivera.

(Se continuará.)



Salió á la plaza el primero por la puerta del deber; era retinto, albardado, se llamaba *Hombre de bien*. Le picaron de lo lindo el entusiasmo y la fé, y entre los dos picadores le destrozaron la piel. Pusieronle banderillas todos, hasta una mujer; le dió el quiebro la fortuna, y le mató la honradez, Tres jumentos lo sacaron amarrado por los piés, y la envidia á toda orquesta sonó un instante por él.

Boyante salió el segundo sin tocar en la pared; cárdeno, y de tantas libras, como un comerciante inglés. Era su nombre *Gallardo* y mientras vivió lo fué, pues al tomar una vara, y tomó lo menos diez, se iba tan derecho al bulto que á todos daba que hacer. Cuatro pares le colgaron el amor y el interés, y despues de muchos pases que me parecieron bien, le remató la soberbia de un soberbio volapié.

Apenas salió el tercero dió la cuadrilla á correr, como si fuera su nombre sinónimo de Luzbel. *Usurero* se llamaba, y al verle me figuré, que era tuerto, ó lo fingía por el mejor parecer. Tomó cuanto le ofrecieron sin dar gracias ni una vez, y dejó más lastimados que deja al chocar un tren. Le capeó á la navarra un literato novel, y le pusieron zarcillos varios mozos de café, matándole un empresario de dos bajas á través, y una buena recibiendo de las que pocas se ven.

Era el cuarto pelirubio, mognon del asta... mas ver, se llamaba *Torbellino* y nadie supo por qué. Bien puesto, y voluntarioso con apariencias de buey, donde metió la cabeza no paró nadie los piés. Tomó cuatro ó cinco varas mas todas de mala fé, y le colgaron dos pares la inocencia y el desden. Tocó matarle al olvido, pero no pudo con él, pues se huyó de tal manera que tras de mucho correr, salió al fin la media luna, como es en tal caso ley, y en tierra dió con su cuerpo humillando su altivez, sin que nadie le dijera *requiescant in pace: amen.*

Brabrucon y receloso, como quien sabe quién es, el quinto pisó la arena cerca ya de anoecer. Su apellido era *Modesto*, segun rezaba el cartel, y probó desde el principio que le bautizaron bien. Largaronle dos puyazos la farsa y la estupidez, y al tocar á banderillas nadie las quiso poner, á causa de estar oscuro

y ser fácil un traspíe. Por fin le mató la burla de un golletazo cruel, y no le soltaron perros por no hacerle padecer.

Salió el sexto, ¡qué animal! *Literato* se llamaba, y, como era natural, viendo que se fastidiaba gritó la gente:—¡al corral!  
M. del Palacio.

CABOS SUELTOS

El domingo tuvo lugar la primera corrida de toros, *extraordinaria* por lo mala.

Los toros eran de Balmaseda y de Cuña. Ni tan malos que merecieran perros, ni tan buenos que dieran juego. Cayetano recibió el segundo; pero el toro fué el que le recibió, porque de un varetazo lo dejó inútil para matar los restantes.

Lo mejor de la corrida fué el capeo de Cayetano, donde pudieron los inteligentes admirar la gracia y destreza del célebre lidiador, que en estos lances no tiene rival.

Chironi, ó el célebre tocador del cencerro, que suele ser la critica literaria del toreo, hizo una demostracion muy justa cuando el engaño público aplaudia á rabiarse una estocada de Cayetano.

El público se volvió contra la critica del cencerro. Pero el cencerro seguia sonando: el estoque asomaba por detrás del brazuelo del toro.

La critica literaria de Chironi estaba en lo justo.

Una pelea de gallos se promovió entre Cúchares y Lagartijo sobre cuál de los dos debería matar el quinto toro, en sustitucion de Cayetano, que estaba fuera de combate.

Los dos lidiadores, despues de hablar y manotear mucho, se dirigieron á la par con estoque y muleta sobre el toro.

El público tomó parte en esta segunda lucha de fieras. Pero la autoridad los llamó y les hizo entrar en razon. Segun las reglas del toreo, parece que el primer espada, que era Cúchares, debe sustituir al segundo cuando se inutiliza.

¿Lo ignoraba Lagartijo?  
¿O se dejó guiar por los consejos de algun amigo oficioso como Arce, que fué el que le dió la muleta?

Resultado, que despues de este incidente salió Cúchares y mató rematadamente mal.

Pero despues salió Lagartijo y mató el sexto toro de la misma graciosísima manera.

No era esto lo peor.

¿Lo peor era el toro... ó los toros!

Y así terminó la corrida *extraordinaria* por lo mala.

Total de la funcion: comer de prisas, sufrir cien pisotones en un callo, ir á la plaza y reventar de risa viendo correr las tripas de un caballo. Gritar en balde, parecer chiquillo, gozar de un espectáculo cornudo, coger por ir al sol un tabardillo y tener hoy de menos un escudo.

En la Exposicion de Paris hay un escaparate destinado á las *metáforas antiguas*.

Entre ellas sobresalen las siguientes:  
*Seccion de armas*: El dardo de la calumnia,—el puñal de la venganza,—los emponzoñados tiros de la envidia,—el escudo de la indiferencia,—el látigo de la sátira,—la coraza de la filosofia,—el rayo de sus ojos,—los artificios del lenguaje,—el diente agudo de la sospecha —y la espada de Damocles.

*Seccion de máquinas*: La balanza de la justicia,—la regla del deber,—el escalpelo del análisis,—y el criterio de la verdad.

*Seccion de pintura*: El último escalon de la bajeza,—el camino de perdicion,—el símbolo de la virtud,—y el torrente de las pasiones, que es el mejor paisaje de la Exposicion.

*Seccion bibliográfica*: El libro del destino,—la flor de la inocencia,—los anales del crimen,—y el primer amor, encuadrado en pasta.

Ya sé yo en la Exposicion á quién premiarán por feo, y aunque no digo quién es, lo tengo en el pensamiento.

Las dos piezas estrenadas últimamente en los Bufos y escritas por el Sr. Llanos y Alcaraz, han tenido buen éxito.

Lo mismo le ha sucedido á la zarzuela *¿Eran dos? pues ya son tres*, estrenada en el Circo.

Por algo se llama á éste buen tiempo.

—¡Al Real, al Real, que se quema!  
oyó decir un paleta á las gentes que corrian á contemplar el incendio; y metiéndose en un ángulo para evitar un tropiezo, exclamó:—¿Que el real se quema? ¡pues señor, yo no comprendo que así se apure la gente por ocho cuartos y medio!

Nuestros lectores saben ya que un terrible incendio ha destruido la parte del teatro Real que ocupaba el Conservatorio.

Segun los periódicos noticieros, el fuego era tan intenso, que ha derretido las medallas de oro y plata que se destinaban para premios, y hasta el busto de mármol de la señora Lagranje.

Podrá ser.

Desde la bohardilla suelen tirarse muchas doncellas, y unas en la calle dan y otras en la carretela.

El objeto de más valor entre los que han perecido en el incendio del Conservatorio ha sido el magnífico órgano que recientemente se habia traído de Alemania.

Ahora sí que puede decirse que el Conservatorio está *desorganizado*.

Dos toreros españoles en lucha he visto un momento el domingo, ¡caracoles! En el cielo del talento pueden brillar muchos soles.

CORRESPONDENCIA

Sr. D. Luis Rivera, director de GIL BLAS.

Muy señor mio y apreciable amigo: He leído en *La Correspondencia* un hipócrita anuncio, elogiándome una poesia, anuncio que tiende á herir mi honra y mi decoro. El cobarde autor de tal documento ha creído manchar y destruir por una ó dos pesetas reputaciones bien adquiridas. Quien de medios tan bajos se vale, hiriéndome tras la sombra de un anónimo, solo merece mi más profundo desprecio.

Ruego á Vd., mi querido director, con toda el alma, que dé cabida á estas líneas en su apreciable periódico.

S. S. S. Q. B. S. M.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

20 de abril, 1867.

Solucion al Jeroglífico del número anterior.—*El soldado ama la guerra porque sueña con la gloria.*

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA 27.

Se admiten anuncios de todas clases para GIL BLAS, en la Administracion, Huertas, 10, principal. Rebaja á los suscritores.